



Milner Cajahuarina.
Foto: Archivo Micaela Cajahuarina

In memoriam

José Milner Cahahuaringa García

Huachochirí, 1932 - Lima, 2017

Leoncio Villanueva

Artista plástico

Este año tuvimos la noticia de la desaparición de uno de nuestros más grandes y más auténticos artistas, no solo en la búsqueda de nuestra identidad nacional, sino que hizo la propuesta con todos los derechos de un lenguaje contundente. El camino fue largo y laborioso. Integrante de aquella excelente promoción de artistas de la Escuela Nacional de Bellas Artes, la del 59, logró con acierto concretar una forma que lo definiría como propulsor de una estética que continuaba con los parámetros de las antiguas culturas prehispánicas, en particular la inca, a través de la figura geométrica del trapecio, espejo o reflejo de las ventanas que encontramos en los restos arqueológicos de algunas de las ciudadelas de nuestro pasado.

Hay cosas que debemos entender para calibrar el logro de su búsqueda. En sus primeros años como artista se hacía llamar José Milner. Conversaciones con su padre y gente de Huachochirí calaron profundamente en su pensamiento; el libro *Dioses y hombres de Huachochirí* y la serie de mitos que allí se narran dejaron tan profunda huella, que desde entonces, e igual que desde la llegada de los españoles hasta la actualidad en los habitantes de la zona andina, él se mantuvo en permanente competencia con todo aquello que consideraba ajeno a su mundo.

Recuerdo sus pláticas cargadas en resaltar lo andino en desfavor de la costa. Se refería a la costa como la zona litoral andina y a la selva como la zona tropical andina. Tuvo entonces conciencia de lo importante que era su apellido andino: Cahahuaringa. Aunque no estoy seguro de que sea correcto, él decía que significaba “Casa de los Señores del Inca”, lo que suena estupendamente bien, y si anteriormente lo ocultaba, ahora lo resaltaba como un emblema para enfrentarse al mundo hispano, para criticarlo. Esta toma de conciencia lo llevó a hacer un cambio radical en su pintura; de los últimos años en la escuela hasta los primeros años de la década del 60, Milner hacía pintura dentro del expresionismo abstracto, corriente en boga por aquel entonces, pero gradualmente fue llevando las grandes manchas de pintura hacia formas poco a poco reconocibles: aparecía el embrión del trapecio andino.

De pronto surgió lo radical, el trapecio se hizo voz sonora y, los bordes, definidos. Las composiciones del artista norteamericano Adolph Gottlieb lo llevaron a reducir los elementos, la influencia estaba en lo expresionista y lo concreto que convivían en sus obras, y era justamente la transición del expresionismo abstracto en contraste como una forma definida lo que sedujo la visión del arte de Milner, que lo llevó posteriormente a aclarar su modo de expresión. La superficie del lienzo se volvió lisa y, desde entonces, su bandera fue el trapecio incaico.

Apareció a fines de los 60 lo que él llamó en su obra el color flotante (*floating color*), en el que representaba sus trapecios con un color en degradación que estaba desligado del fondo, dando la apariencia de estar en el aire, es decir, flotando, y este fondo a su vez en degradación opuesta al trapecio; si en éste la luz se encontraba arriba y se oscurecía hacia abajo, el fondo tenía la parte superior oscura y la inferior en degradación hacia la luz. Al principio los colores eran algo terrosos; todos pasaban por el tamiz de las tierras, los verdes, los violetas, rojos, etc. Para acentuar lo andino en sus obras, empezó a colocar franjas verticales dividiendo el trapecio en zonas por lo general iguales, en donde colocaba a manera de escritura unos signos inventados, que con la ayuda de textura gruesa los representó en gran relieve. Esta escritura parecía realmente algo que pudo haber existido en épocas prehispánicas.

A finales de los años 60 consolidó su lenguaje y su obra cobró mucha importancia en nuestro medio. Entonces estaba de moda dividir a los artistas según lo que hacían con su obra; estaban los llamados artistas serios (los otros no sé cómo los llamarían) y Milner estaba dentro del grupo de los serios. A lo largo de los 70 su arte creció, maduró, y también los colores sufrieron una mutación, volviéndose más luminosos. El color flotante podría haber sido un círculo o un cuadrado, pero él eligió el trapecio. El mensaje plástico era lo flotante del color en un lenguaje geométrico, así de simple, pero esa toma de conciencia de su origen personal hizo que le impusiera el sello con el que lo reconoceríamos para siempre; a manera de juego, yo lo llamaría el Señor de los Trapecios. Personalmente, creo que los mejores años de su producción artística se encuentran entre mediados de los años 60 hasta finales de los 80. Obra para mí tan valiosa, lo mismo que para muchísimos otros, que bien merece la publicación de un libro con la reproducción de sus mejores pinturas, sumándole aquella obra dedicada a la crítica mordaz del mundo español del virreinato, en el que aparecen personajes con la vestimenta de la época, con el rostro lleno de úlceras, orificios por donde salen gusanos, cucarachas y otros insectos o roedores, y los sombreros algo rotos o parte de la ropa a veces en harapos.

Esta obra debe ser conocida por las nuevas generaciones, que más están pendientes de lo que les ofrece el mundo de Google y que nos va llevando a esa uniformidad sin caracteres propios, que nos evita el mirar hacia adentro y que finalmente es a lo que nos empuja la globalización en todos sus aspectos.

Mirar al interior de nuestro pasado no quiere decir hacer representaciones a la manera de alguna de las culturas que nos han legado una riquísima obra maravillosa, sino que a través de ese espíritu podamos tener también una relación diferente con la naturaleza, de mayor respeto y armonía con ella, y con todo el entorno humano. El trapecio flotante de Milner es un mundo, un llamado que interpreta el pasado en una visión moderna, a veces sugerente, de arquitecturas misteriosas, nacidas de lo que esconde en realidad ese universo extraordinario de aquellos dioses de Huarochirí, de aquellos que se posaron en el Pariacaca y de allí enseñaron a los hombres todo lo que hoy sabemos y que hemos ido desarrollando. En lo que a mí concierne, fui alumno de Milner en el taller de dibujo de la Escuela, también alumno, con un grupo de estudiantes, en clases fuera de taller en su casa. Éramos cinco jóvenes que ansiábamos saber más de lo simplemente escolar, y él nos guiaba con sus consejos y observaciones a mejorar nuestras incipientes obras que pugnaban por asomar al mundo. Nos agrupó bajo el nombre de Grupo Picchja, *cinco*, en quechua.